12° CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

La Plata, junio y septiembre de 2021

GT32: Antropología del gusto: prácticas, circuitos y consumos culturales

"Gustos intelectuales". Consumos culturales y emergencia de una elite intelectual en Córdoba, 1880-1920

María Victoria López. Instituto de Antropología de Córdoba; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) – Universidad Nacional de Córdoba. victorialopez84@gmail.com.ar

Resumen

Desde una perspectiva de historia cultural, en esta ponencia nos proponemos analizar algunos consumos culturales que conformaban el estilo de vida de las elites en Córdoba, Argentina, a fines del siglo XIX, intentando ir más allá del tópico de la distinción social como motor explicativo de las prácticas culturales de las elites. En cambio, proponemos pensar los matices e inflexiones específicos en la modalidad efectiva de esos consumos, para abordar racionalidades diferentes y específicas entre distintas fracciones de las elites, en un contexto de profundas alteraciones en sus mecanismos de reproducción social. Más allá de la distinción social genérica, esos matices e inflexiones específicas son indicios de la paulatina diferenciación de una fracción de las elites, una porción que progresivamente se va delineando como específicamente "cultural" o "intelectual", según los casos, desgajándose de las "elites totales" y, a la vez, mostrando una relativa apertura a portadores de nuevas credenciales y/o orígenes sociales.

Intentamos identificar pautas de consumo y relacionarlas con el patrimonio económico de cada individuo o grupo, la significación simbólica -siempre situada- de los propios consumos y sus potenciales efectos de jerarquización, prestigio y compensación ante la merma de otros capitales. Puntualmente, abordaremos la

transformación de la costumbre del "salón" (visitas pautadas) entre las elites en Córdoba, de una configuración entendida como "espontánea" y "sencilla" a una rígidamente formalizada, que determinaba los comportamientos y consumos que allí tenían lugar: los modos de la conversación, la práctica amateur de instrumentos musicales, la decoración del hogar, la vestimenta de los participantes, etc. Apelaremos principalmente a registros de la prensa diaria, guías sociales de la época y un corpus de textos memorialísticos (autobiografías, memorias y crónicas).

Palabras claves: *consumos*; *Córdoba*; *elite intelectual*; *salones*.

Introducción

Entre 1870 y las primeras décadas del siglo XX, la economía, la política y la estructura social argentinas experimentaron intensas transformaciones derivadas de la consolidación del modelo agroexportador, la afirmación del Estado Nacional y la inmigración masiva, entre otras cosas. En este contexto, las elites argentinas delinearon un estilo de vida que funcionó como elemento genérico de distinción frente al resto de la sociedad y como elemento de cohesión y disciplinamiento al interior del grupo, en tanto era especialmente pasible de ser compartido por diversas fracciones de la elite con muy diferentes bases del poder social, origen y antigüedad en la clase. Al mismo tiempo, en este contexto de alteración de los mecanismos de reproducción de su posición en la sociedad, como los experimentados en la Argentina en esas décadas, los aspectos culturales de la dominación social adquieren una relevancia aún mayor, pudiendo compensar y/o reequilibrar otros capitales.

En esta ponencia nos proponemos analizar gustos y consumos culturales que conformaban el estilo de vida de las elites en Córdoba a fines del siglo XIX, intentando ir más allá del tópico de la distinción social como motor explicativo de las prácticas culturales de las elites.[1] Especialmente, queremos considerar ciertos

[1] En este trabajo retomo parcialmente algunas cuestiones abordadas en mi tesis doctoral defendida en 2019 y titulada "Elites, sociabilidad y alta cultura, Córdoba 1870-1918", dirigida por el Dr. Gustavo Sorá y codirigida por la Dra. Ana Clarisa Agüero en la Universidad Nacional de Córdoba.

matices e inflexiones específicos en la modalidad efectiva de estas prácticas, para abordar la emergencia de una elite cultural como producto de un proceso de diferenciación social. Sostendremos que, más allá de la distinción social genérica, esos matices e inflexiones específicas son indicios de la paulatina diferenciación de una fracción de las elites, una porción que progresivamente se va delineando como específicamente "cultural" o "intelectual", según los casos, desgajándose de las "elites totales" y, a la vez, mostrando una relativa apertura a portadores de nuevas credenciales y/o orígenes sociales.[2]

La construcción de un estilo de vida común es parte central de las condiciones de ejercicio del poder simbólico por parte de las elites a lo largo de la historia, en tanto éste es -en palabras de Pierre Bourdieu- una forma transformada, irreconocible y legitimada de otras formas de poder. En nuestro trabajo doctoral retomamos la propuesta clásica de Max Weber de distinguir grupos sociales según criterios distintos (como clases, estamentos y partidos) para pensar las diferentes bases de poder que un grupo social puede poseer efectivamente pero también las que puede reclamar en función de modificaciones en los mecanismos habituales de reproducción de esas bases (Weber, 1963); así como la idea de que la riqueza o el prestigio social pueden ser bases de poder concurrentes o alternativas. Entre la clase y el estamento, la noción de *estilo de vida* articula lo que pueden compartir los miembros de estos grupos. Para Weber (1963), el estilo de vida es expresión de un grupo de estatus antes que de una clase; grupo que no siempre ni necesariamente coincide con la clase en sentido económico ya que pueden integrarlo, y de hecho muchas veces ocurre, individuos con grandes diferencias de riqueza y distintas posiciones en la esfera productiva. El estilo de vida compartido por la elite en Córdoba en este periodo (un conjunto relativamente preciso de prácticas de sociabilidad, gustos, convenciones y consumos) se define, entonces, con relativa independencia de condiciones económicas y/o posiciones en el campo del poder.

[2] Con la expresión "elites totales" nos referimos a unas elites que gobiernan, manejan las principales ramas de la economía, detentan un prestigio social casi indisputado y se consideran guía cultural y espiritual de la sociedad; se trata de una elite del poder "total" que asume que su posición económica y social debe traducirse, naturalmente, en poder político (Agüero y López, 2017). En el momento considerado, esto ocurría más por la "indiferenciación" de los capitales en cuestión que por una acumulación de singulares especies de capital (Martínez, 2006).

Además, el concepto de estilos de vida, según Rocchi, recupera dimensiones subjetivas de la experiencia colectiva, ante la supuesta objetividad de categorías como la de clase social o raza. Un mismo comportamiento en un grupo puede integrar a individuos de clases o etnias diferentes o, como en este caso, a fragmentos de la elite con muy diferentes bases de poder social. Así, el concepto ofrece la "posibilidad de aprehender la sociedad y la cultura de manera más compleja y comprensiva", tanto por la unión de distintas disciplinas cuanto por la de autores clásicos y contemporáneos (Rocchi, 2008, p. 79). Funcionan como coagulantes del estilo de vida elementos subjetivos como el *gusto*, y contribuyen a configurar una identidad social. Por su parte, la noción de *gusto* remite, según Miceli, a un "conjunto expresivo de maneras de ser y de tener, de parecer y de poseer, de aparecer y de comportarse, de todo aquello que puede ser indicativo, de algún modo, de una situación determinada de prestigio o de honra social" (2008, p. 111). Los gustos se integran sistemáticamente como signos en el sistema distintivo que representa el estilo de vida y dan lugar a indicios, a veces muy sutiles, compartidos por los demás miembros del grupo e inmediatamente perceptibles por ellos. Se puede reconocer "un patrón del gusto en las principales dimensiones 'expresivas' de la sociabilidad" (2008, p. 112), lo que permite su descripción y análisis; en este caso veremos que tal patrón aúna cierto lujo y delicadeza con contención, mesura y autodominio.

Según encontramos en nuestra investigación doctoral, casi todos los miembros de este grupo social compartían, en gran medida, un universo de prácticas de sociabilidad y alta cultura que hacía fluidos los vínculos, necesarios para la (re)producción social de la elite, y un estilo de vida distinguido que lo expresaba públicamente. Y no precisamente cualquier sociabilidad y cualquier alta cultura, sino las legítimas, las sancionadas y custodiadas por ellos mismos: la sociabilidad distinguida, de la buena sociedad, la alta cultura que se aprende en el hogar familiar, imposible de ser imitada.

Al mismo tiempo, puede observarse que una parte de estas "elites totales" se escinde progresivamente del conjunto y se delinea trabajosamente como una "elite cultural" más especificada. En un momento de escasa diferenciación social de las

funciones intelectuales, entre 1870 y los primeros años del siglo XX, aproximadamente, muy diferentes situaciones podían gozar de reconocimiento como actividades intelectuales: diversas profesiones (abogados, médicos, científicos, profesores), oficios ligados a las letras y las artes (periodistas, escritores y críticos, pintores, músicos) y actividades y placeres ociosos (consumo y cultivo de "bellas artes" y "bellas letras") podían delinear en el giro de siglo un conjunto de individuos que se autoconsideraban y eran reconocidos, al menos por un sector de la sociedad, como figuras intelectuales, ligadas a la producción, circulación y consumo de bienes simbólicos.

Aquí nos concentraremos en este último aspecto, abordando en primer lugar la transformación general de la costumbre del "salón" (visitas pautadas) entre las elites en Córdoba, desde una configuración entendida como "espontánea" y "sencilla" a una rígidamente formalizada, que determinaba los comportamientos y consumos que allí tenían lugar: los modos de la conversación, la práctica amateur de instrumentos musicales, la decoración del hogar, la vestimenta de los participantes, etc. Luego, en segundo lugar, analizaremos algunas inflexiones y matices que, para los contemporáneos, distinguían a los salones "intelectuales" de los salones "mundanos", señalando los elementos comunes y las principales diferencias. Apelaremos principalmente a registros de la prensa diaria, guías sociales de la época y un corpus de textos memorialísticos (autobiografías, memorias y crónicas).

Tertulias, salones y recibos

Muchos observadores de la vida social cordobesa de la década de 1880 señalaban el gran impacto que habría tenido el juarismo (1880-1890) en la transformación de la sociabilidad íntima, familiar, de las elites en Córdoba.[3] Pese al despertar inmediatamente seguido a Caseros, el juarismo habría sido el primer gran cimbronazo sufrido por una estable configuración de la vida doméstica de las elites establecida en los años coloniales y apenas transformada en era republicana, más allá de algunos cambios de lenta maduración. A fines del siglo XIX, el juarismo fue

[3] Con juarismo nos referimos a los gobiernos provincial y nacional ligados a Miguel Juárez Celman, su hermano Marcos Juárez y hombres ligados al Partido Nacional Autonomista (PAN), representantes de un momento de gran protagonismo político de Córdoba a nivel nacional y que tuvo su correlato en una inédita renovación y expansión urbana. Miguel Juárez Celman fue Gobernador de la Provincia en el período 1880-1883 y Presidente de la Nación entre 1886 y 1890. Su hermano Marcos fue Gobernador en el periodo 1889-1890.

una manifestación más de una amplia "modernización" social y cultural que no todos veían con los mismos ojos, en un entorno de intensa polarización política e ideológica al interior de la elite.

> Córdoba se transformaba entonces ostensible y definitivamente, *en las exterioridades y en las intimidades de la entidad social*, siguiendo el impulso lejano de las nuevas ideas, que ya fructificaban, y de los factores más próximos, locales y generales, que actuaron en las convulsiones de 1880, y en el medio ambiente nacional fundamentalmente transformado, que fue su consecuencia (Avalos, 1910, p. 8).

Como señaló algunas décadas después uno de los hombres del riñón juarista, Ángel Ávalos, las transformaciones provocadas por el juarismo eran tanto "externas" (como ejemplificaban la expansión y renovación urbana y el acceso a servicios como agua, luz y transporte), como "internas", referidas a los modos de percepción e interacción social. En el mismo sentido, para muchos observadores en el giro de siglo, la Córdoba "del pasado" o "tradicional" era la anterior al juarismo, ya que con esos gobiernos habrían comenzado las grandes transformaciones (urbanas, económicas, sociales). En sus memorias, el cordobés Emilio Sánchez (abogado y periodista católico nacido en 1875) adjudicaba al progreso material vivido en esos años una serie de transformaciones que, sin embargo, una sociabilidad tradicional habría resistido, limitando el alcance del embate liberal; embate que, por otro lado, era anterior al juarismo y lo trascendía.

> El esplendor y brillo que durante los últimos tres años del juarismo [1887-1890] han transformado en buena parte la faz físico-social de esta ciudad, no han logrado sin embargo, que sus familias abandonen por ingenuas sus deliciosas veladas de sabor colonial; las loterías con cartoncitos, que apiñan gente joven y provecta alrededor de la mesa comedor que sirve para el caso, y los juegos de prendas que terminan con recitados que obligan a enjugar lágrimas; todo ello es casi siempre, camino que conduce al himeneo (Sánchez, 1968, p. 192).

Esa resistencia se habría expresado en el mantenimiento, entre las familias cordobesas, de veladas hogareñas, entre familiares y amigos cercanos, con juegos de mesa, conversación y ejecución de algún instrumento. Esta sociabilidad doméstica tradicional, aunque en ocasiones se remitiera a la colonia, era de buen grado presentada como "hispano-criolla", es decir, como el tipo de sociabilidad austera y no ostentosa propia del siglo XIX. Además, tenía su base material en el pequeño tamaño de la elite y en lo intrincado de sus relaciones de parentesco, amistad y alianza política y económica.

Estas tertulias familiares y de conocidos, de organización espontánea y etiqueta relajada, contrastan con los salones y "recibos" que comenzaron a ofrecer las elites en la década de 1880, en los que la espontaneidad y sencillez se abandonó progresivamente por la adopción de nuevas prácticas marcadas por una creciente codificación y ritualización. La formalización de las tertulias familiares se expresaba, entre otras cosas, en la instalación de los "días de recibo" fijos que cada familia establecía en la "temporada de visitas" (a partir de marzo y hasta noviembre o diciembre), en los que recibía visitantes que debían anunciarse con su propia *carte de visite* y seguir una numerosa cantidad de reglas de comportamiento. En estos recibos formales, hasta los más pequeños detalles, como la utilización de esas tarjetas, eran crecientemente regulados por convenciones sociales, muchas de ellas importaciones europeas, que la prensa describía profusamente.

En los nuevos salones se conversaba, se ejecutaban piezas de música, se declamaba y se bailaba. Estos "recibos" suponían un intenso ejercicio de contención personal y adecuación a las normas sociales, ya que eran numerosos los aspectos a tener en cuenta. Para quien recibía, el servicio ofrecido, la decoración del salón, los espacios de la casa que se abrían a cada invitado. Para quien visitaba, la atención a la agenda social, el cumplimiento de las obligaciones mundanas (devolver visitas, recordar aniversarios, hacer regalos apropiados). Para todos, la vestimenta, los modales, la conversación. La ostentación de lujo material y de refinamiento conductual (sin "excesos" y con toda apariencia de naturalidad -ése era el corazón de la distinción-) eran el eje de los nuevos salones, que en consonancia con las actitudes desplegadas en ellos también renovaban su mobiliario y decoración. Las

casas de la elite iban reemplazando los "graves muebles señoriales" que, para algunos, daban "la sensación de lo confortable" por muebles de los estilos modernistas nacionales francés e inglés, "*art nouveau*" o "*modern style*", que en oposición a aquellos parecían frágiles y poco confortables, e incorporaban elementos decorativos novedosos.[4] Las transformaciones económicas de la década del 80 permitieron el crecimiento de la riqueza de una parte de las elites, que vieron expandirse sus posibilidades de consumo material. Así, si bien parece haber predominado una cierta austeridad "criolla" entre las elites locales, al menos en comparación con sus contemporáneas porteñas y localmente erigida en rasgo distintivo (de las familias "tradicionales"), algunas casas familiares ostentaron lujos que eran indicadores de riqueza y posición social.

Por otro lado, quienes no se sentían cómodos entre los nuevos muebles y demás innovaciones domésticas, veían una estrecha relación entre ellos y los nuevos hábitos sociales de la elite:

> ...el nuevo modo de recibir, en "sus días" cada vez se hace más confuso, menos accesibles los salones actuales, más estiramientos, mucha etiqueta de mal gusto y una perpetua frialdad... ¿Dónde está ese día de recibo de nuestros abuelos, la taza de té en confianza, donde se flirteaba sin conocerse el arte nuevo? Ya no tenemos, propiamente hablando, más *home*, es una verdadera *mise en scéne* de lujo...[5]

Efectivamente, se trataba de "poner en escena". Las relaciones en estos salones (y en general en todas las ocasiones de interacción social, domésticas o públicas) se regulaban cada vez más y generaban una creciente preocupación por saber cómo comportarse, algo que se reflejaba en la cantidad y extensión de las secciones de "vida mundana" en los periódicos de la época, que cumplían un rol difusor de los nuevos comportamientos. Se popularizó en la época un tipo de nota periodística construida como consulta/respuesta, en las que un "experto" en la materia saldaba las dudas de los preocupados lectores. También se publicaban notas sobre, por ejemplo, quién debe dar la mano primero entre un caballero y una dama, cuando se

[4] *Los Principios*, 15/8/1903.
[5] *Los Principios*, 15/8/1903.

encuentran en un salón; cómo entrar y despedirse en un salón ("Se ha dicho que dos de los actos más difíciles de la vida son: saber entrar y saber despedirse, en una sala llena, con gracia y naturalidad"[6]); sobre el tipo de vestimenta más adecuado para cada tipo de visita o acontecimiento y según el vínculo que uniera al visitante con el anfitrión (la aceleración y diversificación de las modas en el rubro vestimenta es motivo de grandes preocupaciones); las maneras adecuadas de adornar la mesa y organizar el servicio, etc.

De todos modos, estas notas (publicadas casi diariamente durante años y sin mayores diferencias entre distintos diarios) escondían una paradoja, pues, a la vez que ilustraban hasta el mínimo detalle los códigos sociales de la elegancia, sostenían insistentemente que la "verdadera" distinción era imposible de ser aprendida o imitada, sino que se adquiría en el seno de la familia.

> No es difícil dar una gran comida o un gran baile cuando hay abundancia de riqueza, pero *ninguna fortuna podrá imprimir a esa fiesta un carácter de distinción y de alegría correcta, si falta buen gusto, completa cultura social y amabilidad comunicativa en el obsequiante*. Y estas cualidades *puramente personales* y que refina el roce en sociedad, son las que dan encanto y espiritualidad a toda reunión mundana.[7]

Aquí eran centrales los "modos de adquisición" de tales competencias culturales (Bourdieu, 2000, p. 61; ver también Bourdieu, 2015), señalando un nuevo límite ante la posibilidad del ascenso social a través de la riqueza y/o la titulación universitaria.

Las columnas de vida social y mundana, por otro lado, no pueden considerarse sin más como reflejos de prácticas reales sino que deben pensarse en relación al establecimiento de sutiles y en ocasiones tácitas fronteras sociales; por ello resulta difícil evaluar su influencia real en la vida cotidiana de las elites. Una serie documental distinta, compuesta por memorias, autobiografías y crónicas, puede ofrecer una alternativa.

Efectivamente, aquel estricto autocontrol en las interacciones sociales no sólo era promovido por la prensa (y las guías sociales), sino que también aparece en las

[6] *Los Principios*, 6/10/1902.

[7] *Los Principios*, 23/7/1905. Las cursivas son nuestras.

memorias de algunos contemporáneos. Algunos aforismos de Ramón J. Cárcano, reunidos en su libro *En el camino*, que recoge anécdotas, pensamientos y reflexiones, señalaban elementos destacados de esa transformación conductual preconizada por estas elites en su costado más cosmopolita y "moderno":

> Los gritos en la conversación y el tono enfático y afirmativo, son las formas más groseras e insolentes de la mediocridad y la falta de cultura.
> El servicio individual. El servicio personal frecuentemente se olvida, y algunas veces irrita. La amabilidad nunca daña y con frecuencia se agradece.
> El tacto y la delicadeza. El talento sin el tacto, es una desorientación. El amor sin delicadeza, es una grosería. El tacto es la fuerza aprovechada. La delicadeza es el encanto suave, íntimo y continuo. El talento y el amor están en la naturaleza espontánea. El tacto y la delicadeza, se hallan en la observación y la cultura. Poseer tacto y delicadeza, es vivir fuerte y feliz.
> El bienestar personal. Debe llevarse con modestia el bienestar personal. Es muy chocante a los demás el bienestar insolente (Cárcano, 1926)

Acompañaba la cuestión de los modales una serie de *técnicas* y disposiciones corporales que fijaban lo distinguido: mesura en los movimientos, contención en la postura, bajo volumen de voz; todo lo cual era especialmente exigido en las mujeres.[8] En ello también se vuelve central la adquisición temprana y en ámbitos familiares de la "verdadera" distinción, elemento clave en la permanente carrera de las elites por conservar su diferencia. Al igual que Cárcano, otro observador de la época como José Eizaguirre oponía la "espontaneidad, sencillez y franqueza" de antaño con "el estiramiento y la dureza del titulado 'buen tono'" de fines del siglo (1898, p. 297).

Mesura, tacto, delicadeza, modestia, configuran un *ethos* distinguido y contenido que pretende ser la marca de distinción de esta elite, opuesta a la grosería, rudeza y falta de cultura de unos "otros" imprecisos y que, en realidad, más que otros sectores sociales (cuyo ascenso o aspiraciones no parecen preocupar por ahora), parece

[8] La idea de técnicas corporales remite a M. Mauss y sus estudios antropológicos, publicados en la década de 1930; define la técnica corporal como "la forma en que los hombres, sociedad por sociedad, hacen uso de su cuerpo en una forma tradicional" (1979, p. 337), es decir, un modo altamente convencional y arbitrario de empleo correcto del cuerpo y sus posibilidades, con inflexiones de clase, edad y género y socialmente aprendido.

referir a ciertas porciones de la elite; los "recién llegados" ansiosos de incorporar rápidamente un *habitus* decantado por varias generaciones (que, por otro lado, tampoco es tan antiguo como gusta presentarse).

Los críticos de la vida mundana y los salones "intelectuales"

La nueva sociabilidad mundana de los salones "modernos" y de los "recibos" en días predeterminados, en oposición a las tradicionales tertulias familiares, tenía severos críticos. En primer lugar, desde discursos morales-católicos se rechazaba la implícita frivolidad de las nuevas costumbres, lamentando la pérdida de valores domésticos (ser "del hogar", poco afecto a las salidas y "atracciones tentadoras" del mundo exterior, etc.), y la extensión de ciertos consumos concebidos como "lujos superfluos". Recurrentes notas del diario católico *Los Principios* presentaban "escenas del hogar" o "cuadros de la vida moderna" que contrastaban las viejas costumbres con las novedades sociales (por ejemplo, toda la familia deja la lujosa casa para asistir a un baile y sólo queda la abuela, ocupada en una tarea "vulgar", femenina, hogareña y austera como la de coser medias, aunque tal tarea no fuese estrictamente necesaria en términos económicos).

Otro tipo de crítica a los recibos, en tono más liviano, cuestionaba la falsedad y hipocresía de las relaciones que aparentemente se cultivaban en esas instancias: visitas por compromiso, conversaciones poco sinceras, afectos fingidos, que se habrían extendido entre la "buena sociedad". Un poema humorístico de *Gil Guerra* (seudónimo de José Menéndez Novella), construido como un diálogo entre dos mujeres que criticaban a una tercera a la que acababan de visitar (su aspecto personal, su ropa, la higiene de su casa, su marido), concluía diciendo: "¡Y esta es *la sociedad* en cierto modo / y así se hacen visitas de etiqueta!".[9] El poeta, detractor del modernismo literario y crítico de todas las novedades estéticas y sociales, sumaba su rechazo a las nuevas modalidades de las visitas entre los miembros de la elite. Ese mismo rechazo a la supuesta falsedad de la nueva sociabilidad es el que expresó Deodoro Roca en 1918, en un discurso en el que consideraba la

[9] *Los Principios,* 29/11/1899. Las cursivas son nuestras.

sociabilidad de las pasadas generaciones como "ostentación brutal, vanidad cierta, ausencia de real simpatía".[10]

Por último, desde posiciones ético-republicanas se consideraba incongruente con las costumbres locales ese "culto a la riqueza y al poder" que se rendía en salones y recibos. Entre ellos encontramos al escritor paranaense Evaristo Carriego, instalado en Córdoba entre 1888 y 1891, quien concentraba su crítica en los salones "de la riqueza y el poder":

> [...] los tales recibos pertenecen a la *high life*, y sirven para satisfacer la ridícula vanidad de ciertos afortunados. Explícase esa costumbre en una sociedad aristocrática, donde los grandes, por el poder o la fortuna, necesitan como los pavos reales quienes les miren las plumas. Pero aquí, donde todos somos *gallos de mala ralea*, según una antigua expresión de Sarmiento, esas puerilidades vienen a convertirse en el más completo ridículo. No por eso, sin embargo, dejan de propagarse rápidamente, y hasta puede decirse que se han incorporado a nuestros hábitos sociales. Es cosa ya considerada como de *buen tono* abrir los salones de la casa en ciertos días de la semana, para hacer sociedad con los *amigos*. Casi no hay persona bien nacida, rica, se entiende, o altamente encumbrada -¡Dios sabe cómo!- que no rinda culto a esa moda.[11]

El crítico de los recibos formales de la *high life*, por otro lado, tuvo su propio salón durante los breves años de su estadía en Córdoba, en su casa dotada de "dos jóvenes mucamos de origen extranjero" y de una cocinera criolla, y eso que "no [era] hombre de fortuna" sino que "[vivía] al día, *pero señorialmente*" (Sánchez, 1968, p. 236).

Esas reuniones se realizaban día de por medio y congregaban tanto a "jóvenes intelectuales" (como José Figueroa Alcorta, Ponciano Vivanco y José del Viso), que ofrecían su prestigio cultural -eran estudiantes universitarios o jóvenes profesionales que animaban sociedades culturales y revistas literarias- como a otros "caballeros" del medio que aportaban distinción social a las reuniones. En ellas se hablaba de

[10] Deodoro Roca, discurso de clausura del Primer Congreso de Estudiantes realizado en Córdoba, 1918.

[11] *Los Principios*, 2/3/1902. Cursivas en el original. Sobre la presencia de Evaristo Carriego en Córdoba, ver López, María Victoria, voz "Carriego, Evaristo", online, en *Proyecto Culturas Interiores*, disponible en http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/ifi002.jsp?pidf=RJ2U5WAKD&po=FT.

letras, música, filosofía, historia y literatura, se comentaban las novedades políticas y científicas del mundo, se ejecutaban instrumentos y se cantaba; los días sábado y domingo se incluía una sofisticada cena (Sánchez, 1968). Con un espíritu similar al de estos encuentros, en los primeros años del siglo XX se crean numerosos grupos y círculos de jóvenes estudiantes o egresados, nucleados en torno de afinidades literarias y estéticas, como el Centro Athenas en 1903 o el Círculo Artístico-Literario alrededor de 1908 (López, 2019).

El salón de Carriego, entonces, sería en su percepción francamente diferente de los recibos frívolos de la vida mundana. Aunque en apariencia se trata de la misma práctica, estos salones y las actividades que tenían lugar en ellos eran distintos; no era lo mismo la conversación superficial y amañada, orientada a encantar al interlocutor, que la conversación sobre artes y literatura que "alimentaba el espíritu" de los participantes, así como el lugar de la música y las artes era otro, no un simple "adorno" de la educación de los jóvenes (hombres y mujeres) sino materia de genuino interés artístico. Una de las críticas a los nuevos salones era, justamente, la falta de conversación "real", la frivolidad de los temas, la ligereza del tratamiento.

La importancia de la conversación para la cultura de las elites difícilmente pueda exagerarse.[12] Sea como prenda de la más perfecta urbanidad o como atributo de profunda cultura, la habilidad y la gracia para conversar eran esenciales en sus salones. En 1898, por ejemplo, un periódico local tradujo las "reglas de la conversación" que establecía un anónimo manual inglés, señalando que "hay en esto mil detalles que percibir, mil artificios que emplear y el encanto de la conversación nace de ahí".[13] Los "intelectuales" reconocían a un hábil *casseur*, cuya charla encantaba naturalmente, y quien no contaba con grandes dotes podía recurrir a aquellos manuales o a técnicas como la que sugería la siguiente nota periodística, en la que una anónima cronista revelaba el secreto de su habilidad para conversar:

---

[12] La importancia y centralidad de la cultura de la conversación en el Antiguo Régimen francés han sido analizadas en profundidad por Craveri (2004) y destacadas en el estudio clásico de Elias (1996) sobre la sociedad cortesana francesa. Es sugerente que ambos estudios reconozcan que esa práctica nacida en el Antiguo Régimen, en una *configuración* social muy específica, trascendió temporal y espacialmente sus límites. También Burke (1996) abordó el "arte de la conversación" entre los siglos XVI y XVIII en Europa, señalando la proliferación de manuales y la relación de la práctica con las jerarquías sociales.

[13] *Los Principios*, 6/8/1898.

> Confieso que esa gracia no es espontánea, es debido a una costumbre que tengo desde muchos años atrás. Tengo un libro especial donde apunto cada tarde todo lo que haya oído o leído durante el día que ofrezca interés, y que podría servir tema para un chiste o una anécdota. En cuanto se me invita a una reunión o esté por recibir en mi casa, doy un atento repaso a mi memorandum, por tal de encontrar asunto que agrade a las personas con quienes pienso encontrarme, y cuando se presenta la ocasión ¡zas! allá voy con alguna historieta o chiste que establece mi reputación de decidora y oportuna. Tengo el tacto y buen gusto suficiente para hacer que mis dichos parezcan espontáneos, y he aquí el secreto de mi éxito social.[14]

Aunque probablemente se trate de una ficción que aparenta ser reflejo de una práctica real, es sugerente por la importancia que concede a la conversación inteligente en la sociabilidad del salón y la resignación de espontaneidad en pos de establecer reputación de persona ingeniosa y mundana. De todos modos, una estratagema tal podría significar arriesgarse a quedar en ridículo si el ardid era notable, algo mucho peor aún:

> Más de tonta. La mujer que permite advertir el propósito de ostentar su inteligencia, tiene más de tonta que de inteligente (Cárcano, 1926, p. 77).

Aunque la advertencia de Cárcano apuntaba a las mujeres (entre quienes tal ostentación era más grave), ciertamente era adecuada para todos los miembros de la elite y para todas las instancias de interacción social aquella premisa fundamental de que la "verdadera" distinción debía ser siempre "natural", no podía ser forzada, ni aprendida, ni imitada. No cualquiera podía llevar adelante airosamente una conversación, por mucho que se esforzara, y las fallas podían ser muchas, como observaba nuevamente Cárcano respecto de una charla casual con otro distinguido doctor:

> El doctor N. Esta noche conversamos durante un entreacto en el Colón [Buenos Aires]. Es un hombre cuyo deseo y persuasión de *conversar bien*, sólo es

[14] *Los Principios*, 11/8/1897.

> comparable al aburrimiento que produce su palabra tardía y sin gracia. Ordinariamente *dice las mayores vulgaridades* con una mímica digna de Epanimondas. Expresa las *cosas triviales con un tono de cosas fundamentales*. El saber común adquiere en él los *humos de la sabiduría*. Es un espíritu con cierta información, pero sin intensidad ni flexibilidad. Está contento de su circunspección y suficiencia, y es respetable por la rectitud de sus conductas y la sinceridad de sus opiniones (Cárcano, 1926, p. 94. Las cursivas son nuestras).[15]

A modo de cierre provisorio

La sociabilidad íntima, espontánea y sencilla de las elites de la década del 70 se ve profundamente transformada a partir de los años '80, con la instalación de la costumbre de los recibos y la emergencia de los salones formales, con todos sus códigos de comportamiento asociados. Al mismo tiempo, comienza a esbozarse una distinción sutil pero esencial entre sus versiones más mundanas y frívolas y lo que comienza a percibirse como espacios de corte más netamente cultural o intelectual, aún cuando los elementos de la diferencia social no se dejaran completamente de lado. Los salones nuevos, sean "del abolengo o de la cultura", como diferenciaba Joaquín V. González (Lazcano Colodrero, 1936, p. 252), atraían a la mayor parte de la elite, incorporándose a la rutina de la vida social; pero algunos de ellos comenzaban a establecer tácitos filtros o recortes en ese universo social compartido. Muchas de esas diferencias sutiles se expresaban en gustos específicos y en modalidades particulares de la sociabilidad compartida. ¿Cuáles eran los gustos de los intelectuales? ¿Qué diferenciaba a unos y otros salones? Las conversaciones (no aquella de los "mil artificios" sino la que "alimentaba el espíritu") y sus temas (las artes, la literatura, la filosofía, la historia); la práctica *amateur* de un instrumento musical o del canto, no como un mero adorno o gracia social sino como manifestación de genuina inclinación artística o al menos de ocio elevado y desinteresado; y fundamentalmente, la supuesta o aparente ausencia de frivolidad y falsedad, opuestas a la verdadera amistad o camaradería intelectual que se tejería

[15] Incluso otros aspectos del habla podían ser un elemento de diferenciación. En una comparación de dos candidatos políticos, Cárcano decía: "Ambos disponen de fuerte tonada cordobesa, pero aquél habla como un académico y éste altera las últimas sílabas de las palabras, suprimiendo y agregando letras. Una deficiencia de la escuela primaria, que seguramente nunca cuida de corregir" (1965: 346).

en esas relaciones, marcaban inflexiones fundamentales para trazar bordes nuevos entre las elites totales y contribuían a la delimitación de las nuevas elites culturales. Hacia el final de nuestro periodo puede advertirse una reacción contra la formalización de los salones, considerada excesiva, especialmente por parte de los jóvenes hijos de las elites que experimentan un mundo social muy diferente del de sus padres y abuelos. El citado discurso de Deodoro Roca da cuenta, entre otros elementos, del progresivo rechazo de los jóvenes a las formas de la sociabilidad anterior. Aunque allí se agregaban otros sentidos a su crítica, de índole generacional y política, y era animado por el modernismo juvenil y el contexto de la Reforma Universitaria, ya se pueden advertir signos más firmes de la emergencia de la fracción cultural de las elites, sector más especificado y a vez más abierto que complejizará el paisaje social de las elites en Córdoba.

Referencias bibliográficas

Agüero, Ana Clarisa y López, María Victoria (2017): "De la Sociedad Literaria Deán Funes a la Asociación Córdoba Libre. Dos estaciones del liberalismo y las elites de Córdoba (1878 / 1919)", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, n° 47, Buenos Aires.

Ávalos, Ángel (1910): *Pensamiento y acción. Escritos - conferencias - discursos parlamentarios*, Imprenta Argentina, Córdoba.

Bourdieu, Pierre (2000): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus. Madrid. [Primera edición 1979]

Bourdieu, Pierre (2015): *La nobleza de Estado. Educación de elite y espíritu de cuerpo*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

Burke, Peter (1996): *Hablar y callar: funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Gedisa, Barcelona.

Cárcano, Ramón J. (1926): *En el camino*, Sociedad de Publicaciones El Inca, Buenos Aires.

Cárcano, Ramón J. (1965): *Mis primeros ochenta años*, Pampa y Cielo, Buenos Aires.

Craveri, Benedetta (2004): *La cultura de la conversación,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Eizaguirre, José Manuel (1898): *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y las costumbres en el interior*, R. Bruno y Cª Editores, Córdoba.

Elías, Norbert (1996): *La sociedad cortesana*. Fondo de Cultura Económica. México. [Primera edición 1969].

Lazcano Colodrero, Arturo G. (1936): *Linajes de la Gobernación del Tucumán. Los de Córdoba*, Biffignandi Ediciones, Córdoba.

Miceli, Sergio (2008): "Gusto", en Altamirano, Carlos (dir.): *Términos críticos de sociología de la cultura*, Paidós, Buenos Aires.

Rocchi, Fernando (2008): "Estilos de vida", en Altamirano, Carlos (dir.): *Términos críticos de sociología de la cultura*, Paidós, Buenos Aires.

Sánchez, Emilio E. (1968): *Del pasado cordobés en la vida argentina*, Biffignandi Editores, Córdoba.

Weber, Max (1963): "Class, Status, Party", en Reinhard Bendix and Seymour Martin Lipset (eds.): *Class, Status and Power*, Free Press, Nueva York.

Weber, Max (1969): *Economía y sociedad*, Vol. II. Sin datos de edición.